

El arte y la moral

Autor / Author

DE MAEZTU, Ramiro

Editorial / Publishing company

Ediciones Encuentro. Madrid, 2017. 67 pp.

Este libro recoge el Discurso de ingreso en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas que pronunció Ramiro de Maeztu el día 20 de marzo de 1932. Al discurso le acompaña un estudio introductorio de Alfonso López Quintás que se presenta totalmente iluminador para interpretar de manera, si cabe, más fecunda el pensamiento esbozado por Maeztu sobre la relación del arte y la moral.

El discurso hay que enmarcarlo en un contexto en el que un nutrido grupo de pensadores europeos habían sucumbido al riesgo del *cansancio*, así anunció Edmund Husserl en una conferencia en Viena en 1935: «La crisis de la conciencia europea tiene solamente dos salidas: la decadencia de Europa provocada por el alejamiento de su propio sentido racional de la vida, la caída en la hostilidad hacia el espíritu y la barbarie (...) El mayor peligro de Europa es el cansancio. Luchemos (...) de las cenizas del gran cansancio resucitará el ave fénix de una nueva interioridad de vida y una nueva espiritualidad, como prendada de un futuro humano grande y lejano: Pues sólo el espíritu es inmortal» (p.6). Tres años antes, Maeztu ya había advertido que el hombre cansado intelectual y espiritualmente, había perdido los grandes ideales de la vida. Tras darse cuenta de que el mito del progreso técnico y científico y su consideración como los salvadores del mundo eran pura falacia, el ser humano se enfrenta a un gran vacío existencial y a una aversión al espíritu por identificarlo a este con la tragedia en la que se encuentra inmerso.

Ramiro de Maeztu pretendió refutar esta corriente antiespiritulista, mostrando lo valioso que era intentar alcanzar las metas que el espíritu propone: bondad, verdad y belleza. Aboga por un método semejante al de los pensadores dialógicos: intuye que los intelectuales de Europa consideran el espíritu como un mero instrumento que se propone sin más servir a la vida pero no lo ven como una finalidad, perdiendo entonces su capacidad creadora. Es necesario volver a situar al espíritu en el lugar que merece:

«Quien sienta esta creencia como fe viva limitará sus necesidades materiales, (...) ordenará la vida al objeto de que su propio espíritu y el de los demás se sobrepongan a las necesidades materiales y a las pasiones de la carne, y actúe en el mundo» (p.10).

Maeztu señala el potencial del hombre cuando es capaz de focalizar todo su ser en el logro del ideal. Un ideal que López Quintás, en su introducción, completa como un ideal de encuentro. En el discurso de 1932 analiza el empobrecimiento del arte porque en vez de crearse y vivirse a instancias del espíritu se cultiva una concepción del arte por el arte de tal forma que su objeto y fin se agotan en sí mismos. Un arte empobrecido y denostado no eleva al sujeto más allá de un nivel material, es preciso recuperar la conexión del arte con la belleza y con la transcendencia. Para ello hay que aprender a mirar de manera amplia y elevarse a realidades por encima de la materialidad de la obra. López Quintás interpreta a Maeztu y señala cómo «Esta "deshumanización del arte" lleva a glorificar el mal llamado "arte abstracto" frente a la supuesta banalidad del "arte figurativo", siempre con el fin de conceder al arte, a todo tipo de arte –incluida en él la literatura de calidad– una peculiar "autonomía", entendida unilateralmente como emancipación indiferente de cuanto significa adhesión personal a la verdad del ser humano, a su naturaleza o *êthos*, y, por tanto, a los principios éticos que han de regirla si quiere alcanzar el nivel de crecimiento que le corresponde» (p.17).

López Quintás apunta la fecundidad de la idea de Maeztu y la fundamenta ahora de manera más sólida a como en su época el autor podía hacer. El arte en un nivel 2 supera la aparente paradoja que en el nivel 1 se puede entender al hablar de arte y moral. No se trata de supeditar la estética a la moral, sino que ambas se encuentran e integran al elevarnos de nivel. Quintás explica la metodología: «a) En cada nivel de realidad se dan formas distintas de gustos e intereses; b) la palabra *amor* también significa algo distinto en cada uno de los niveles, igual que los términos *libertad* y *obligación* (...); c) la belleza es un valor que pertenece al nivel 3, y, en este, ninguna entidad es mero "medio para", ni siquiera para suscitar el amor» (p.21). Vemos cómo en los niveles superiores, se superan las contradicciones aparentes entre *expresividad*, *belleza*, *ética*, *moral*, *devoción*,... En los niveles superiores no existen límites ni separaciones artificiales, sino una cohesión interna capaz de integrar todos los elementos que lo forman y dar lugar a una realidad nueva. Nos estamos enfrentando a una nueva forma de entender y vivir la existencia de manera más intensa, comprometida y enriquecedora.

En la conclusión a la introducción de este ensayo, Quintás recuerda que los griegos de manera muy esclarecedora eran capaces de unir lo *bueno* y lo *bello*. En la Europa descrita por Maeztu esta conexión se había perdido, hay por tanto, que volver a educar la mirada del hombre, así: «Precisar estas cuestiones con una metodología aquilatada nos ayuda a descubrir las inmensas posibilidades de crecimiento ético que nos ofrece la vida cuando la abordamos con un talante creativo. Sólo este incremento de nuestra madurez nos permitirá reanudar la transmisión de los principios morales que parece haberse interrumpido en ciertas culturas» (p.29).

El discurso de Maeztu, ahora reforzado por la metodología de López Quintás invita a abrirse ante las posibilidades que los niveles superiores ofrecen al hombre, no siendo posible realizar este ascenso si la vida del espíritu no se cultiva. La necesidad de superar el cansancio de los

Europeos no será viable si en vez de llenar los sótanos de nuestra alma, enraizamos la persona en la materialidad de un mundo que se olvida de los fundamentos ontológicos del ser, de una sociedad que compra una antropología científicista y materialista sin ser consciente de los riesgos que esto conlleva. El hombre debe recuperar la esencia del ser, descubrir la grandeza del encuentro y apostar por la fecundidad del amor como respuesta al vacío existencial en que se encuentra inmerso.

Tanto el discurso como el estudio introductorio invitan a tomarse en serio las raíces de lo humano si queremos mantenernos firmes en una época especialmente convulsa. Y nos orientan para poder seguir avanzando, en libertad y en conciencia, ante los retos que el paradigma actual nos ofrece. El ser humano, en la medida que «se reconcilie con las leyes normales de la vida natural, social y espiritual» (p.66), descubrirá cada vez de forma más intensa y plena la maravilla a la que como tal está llamado. ■

MIRÓ LÓPEZ, Susana

Universidad Francisco de Vitoria
Madrid (España)